

MI CONDECORACIÓN

FERMÍN PEDRO UBERTONE

Por mi labor docente yo he sido condecorado.

Y esta condecoración es la más alta que un docente puede recibir.

Al contar yo esto en una reunión, oí que alguno de los presentes decía, como para sí, y como para que todos oyeran:

—¡Andá! ¡Si sos el último orejón del tarro!

Otro, especialista en condecoraciones, tampoco lo creyó. Muy fino y muy preciso, me encaró directamente:

—¿Cómo se llama esa condecoración? ¿Qué gobierno se la otorgó? ¿Dónde está registrada?

Tuve que dar explicaciones.

Las mismas que iba a dar igualmente, sin necesidad de comentarios despectivos, sin necesidad de tantas preguntas.

Mi condecoración no me la otorgó ningún gobierno, no está registrada en ningún libro, no consta en ningún archivo. No sé cómo se llama.

Porque esta condecoración no tiene nombre, no la otorgan los gobiernos, no se registra en libros, no se conserva en archivos.

—¡Qué disparate! —dijo alguien, muy seguro—. Una condecoración así no existe.

Sí señor. Disparate para usted. No para mí.

La condecoración existe. Está registrada en mi memoria, mientras mi memoria dure. Hasta que empiece a olvidarme de todo. Y para entonces ya no me importará si me dieron alguna vez alguna condecoración, si tenía nombre, si la anotaban en libros para guardar en archivos.

¿Quién me la dio? Me la dieron mis ex alumnos que quisieron incorporarse a la docencia para colaborar conmigo.

Después de tantos años, al tratar de reconstruir la lista, compruebo que fueron muchos. Que todos fueron de los alumnos más destacados en sus cursos, y probablemente de toda la Facultad en su respectiva promoción.

Inteligencias superiores. Mejores que yo, sin duda. Gente que, siendo alumnos avanzados o graduados recientes, ya estaba ¡uf! muchos pasos delante de lo que yo estuve a los diez años de graduado, a los veinte, varios pasos delante de lo que yo pueda alcanzar alguna vez.

Los méritos son de ellos. No míos. Yo no los hice inteligentes: ya lo eran. Yo no creo haberles enseñado. Ellos aprendieron porque eran excelentes. Con alumnos así no hay profesor que pueda fracasar. No hay modo de que esos alumnos no aprendan. Ni el peor profesor, ni la peor Facultad, pueden impedir que personas de esas condiciones se desarrollen, crezcan y lleguen al lugar que les corresponde.

A menudo pienso: gente de esta calidad intelectual y personal, que podía haber elegido cualquier cátedra, porque en cualquier cátedra podrían haber sido bien recibidos... Gente así ¡me eligió a mí para iniciar su carrera docente!

Y ésta es mi condecoración. Esto me pone contento. Me imagino que algo debo haber hecho bien como docente para tener semejante recompensa. O quizás no, simplemente tuve suerte. ¿Qué más da, si al fin y al cabo el premio me lo dieron igual?

No me lo dieron rectores, decanos, jurados de concursos. No me lo dieron presidentes ni ministros. Porque ninguno de ellos puede dar este premio. Sólo pueden darlo aquellos que lo hicieron: los alumnos. Que, para un profesor, son quienes verdaderamente cuentan.

Yo se los agradezco. No los nombro uno por uno, pero ustedes saben quiénes son.

¿Que esto parece un testamento? Tal vez. Pero estas cosas mejor decir las antes que después. Si por dejarlas para después no llego a decir las nunca, ¿quién se entera de que, como docente, recibí la condecoración más importante?